

Actas del X Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española

Zaragoza, 7-11 de septiembre de 2015

Editadas por

María Luisa Arnal Purroy
Rosa María Castañer Martín
José M.^a Enguita Utrilla
Vicente Lagüéns Gracia
María Antonia Martín Zorraquino

Volumen I

Institución «Fernando el Católico»
Excma. Diputación Provincial de Zaragoza

Zaragoza
2018

El diálogo de las lenguas en la *Segunda Parte del Quijote*

AURORA EGIDO
Universidad de Zaragoza
Real Academia Española

Muchas voces veremos renovadas
Que el tiempo destructor borrado había;
Y al contrario, olvidadas
Otras muchas que privan en el día;
Pues nada puede haber que no se altere,
Quando el uso lo quiere,
Que es de las lenguas dueño, juez y guía
(Horacio, *Arte poética*).

Resumen. El tema del plurilingüismo en las obras de Cervantes y particularmente en el *Quijote*, cuya segunda parte se analiza en el presente trabajo, representa a lo vivo la imparable ascensión de las lenguas romances respecto al latín durante el Renacimiento. Frente al castigo de Babel, Cervantes, siguiendo en parte las teorías de Bembo, Erasmo y Damasio de Frías, entre otros, valoró positivamente no solo la variedad idiomática, sino la riqueza supuesta por la traducción. Anticipándose al poliglotismo del *Persiles*, el camino hacia Barcelona de don Quijote y Sancho ofrece, en ese sentido, toda una reflexión sobre las lenguas en contacto y sobre la preeminencia del uso, convirtiendo el español en una lengua para el diálogo con las demás lenguas.

Palabras clave. Cervantes, *Don Quijote de la Mancha II*, plurilingüismo.

Abstract. The subject of multilingualism in the works of Cervantes and particularly in *Don Quijote*, the second part of which is analyzed in this paper, vividly depicts the inexorable rise of the romance languages with respect to Latin during the Renaissance. In considering the punishment of Babel, and partly following the views of Bembo, Erasmus and Damasio de Frías, among others, Cervantes positively appraised not only the idiomatic variety but also the richness put forth by its translation. Pre-empting the polyglotism of *Persiles*, the path toward Bar-

celona taken by Quijote and Sancho offers, in this sense, an entire reflection on languages in contact and on the pre-eminence of their use, rendering Spanish a tongue for dialogue with other languages.

Keywords. Cervantes, *Don Quijote de la Mancha II*, multilingualism.

Una de las lecciones humanísticas más relevantes del *Quijote* tal vez sea aquella donde se sustenta que «la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso»¹. Cervantes había aprendido de Horacio que es en el uso común donde reside el arbitrio y la fuerza del hablar y del escribir bien, pues, como dijo Quintiliano, el uso es el «auténtico maestro del lenguaje»². Esos modelos clásicos fueron seguidos por Lorenzo Valla, Juan de Valdés y otros humanistas del siglo XVI, que se apartaron de la *ratio* (norma) y se acogieron a la *consuetudo* (uso)³.

Pero sobre la discreción o el arte de elegir Cervantes tuvo un buen referente en el *Diálogo de las lenguas*, obra de su amigo Damasio de Frías, quien, tras el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, abrió nuevos caminos al plurilingüismo⁴. Dicho proceso lo había plasmado en Italia Sperone Speroni en su *Dialogo delle lingue*, donde consideró, como anteriormente hiciera León Bautista Alberti, que el italiano era un idioma capaz de transmitir los más altos pensamientos, propiciando así el prestigio de las lenguas vernáculas⁵.

¹ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico, Madrid, Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004, p. 694, por la que citaremos. Rosenblat (1971: 56 y sigs.), ya señaló la frecuencia de la palabra *discreto* y sus derivados en el *Quijote*, mostrando el paso del *buen gusto* de Isabel la Católica y el buen juicio de Castiglione y Valdés a la *discreción*. Y véase Egido (2011). Este trabajo es continuación de otro anterior que hemos publicado sobre el mismo tema (Egido 2007a: 25-41).

² Así lo había afirmado Alessandri d'Urbino (1560: fol. 38v): «Mi risolvo a dire che in cio non è altra ragione che l'uso commune nel qual come disse ben Horatio flacco consiste l'arbitrio & la forza del parlare & dello srivire bene». Téngase en cuenta que el *Arte poética* de Horacio o *Epístola a los Pisones* había sido traducida en 1519 en endecasílabos blancos por Vicente Espinel, amigo de Cervantes, junto a sus *Diversas rimas*.

³ Véase Sánchez Salor (2002: 329). El *usus loquendi consuetudine* aparece en la *Retórica a Herenio*, en Cicerón y en las *Institutiones* quintilianistas, donde cualquier *sermo* debía sujetarse a la *ratio* o gramática, a la *auctoritas*, a la *vetustas* y al uso o *consuetudo*.

⁴ Asensio (1975: 219-234) analizó la relación del *Diálogo de las lenguas* con el de Speroni (Vinegia, 1550) y con las ideas de Hurtado de Mendoza, en coincidencia con Joachim du Bellay, que también creía en la capacidad de las lenguas vulgares para la especulación filosófica.

⁵ Véase Nelson (1981: 429-456). Para el *Dialogo delle lingue* (1542) de Speroni y su idea de que el griego y el latín ya habían muerto y había que apoyar las lenguas vernáculas,

Asentada la capacidad de las lenguas romances en relación con el latín, el diálogo entre ellas ofrecía numerosos campos para un debate que se enriquecía no solo con las traducciones, elogiadas por Pietro Bembo y muchos otros, sino con la enseñanza de dichas lenguas a través de nuevas gramáticas y vocabularios, como el de Cristóbal de las Casas (1570) entre el castellano y el toscano⁶. El Humanismo impulsó el aprendizaje de lenguas extranjeras, empezando por los propios reyes y sus consejeros, habida cuenta de que sus cancillerías eran plurinacionales y políglotas, como señaló Headley (1983: 32 y sigs.) a propósito de las recomendaciones que hizo al respecto Carlos V al príncipe Felipe⁷. La Europa humanística tendió no solo a identificar lengua y estado, sino a vincular la lengua al desarrollo de su literatura⁸. Aparte habría que considerar cuanto supuso el descubrimiento de las diversas lenguas de América y el largo camino iniciado por los Reyes Católicos en la defensa de la lengua española⁹.

Por otro lado, no deja de ser curioso que el mismo año en el que aparece la *Segunda Parte del Quijote*, Ambrosio de Salazar publicara en Rouen una *Gramática en diálogos para saber perfectamente la lengua castellana*, donde, a dos columnas bilingües, abría el camino de esta a los lectores franceses. Se trataba de un diálogo en el que las cuestiones lingüísticas se entreveraban con otras relacionadas con la historia, la política, la religión y las costumbres, tratando de atenuar el demonizado problema del plurilingüismo, surgido «por soberbia» en la torre de Babel¹⁰.

véase Heller Roazan (2008: 55); y Vasoli (1996: 263), sobre la conciencia de identidad lingüística en Italia a principios de ese siglo. Respecto a Francia, es bien conocida la *Déffense et illustration de la langue françoise* de Joachim du Bellay (1549).

⁶ Tuvo doce ediciones en Venecia entre 1576 y 1622. Forma parte de la tradición iniciada por Nebrija, respecto al latín, de los diccionarios bilingües. Véase Acero (1991: 7-14).

⁷ Y véase Gil Puyol (2013: 89-91), además de los estudios clásicos de Asensio (1960: 399-413) y Elliot (1994). El término «lengua común de España» fue utilizado por Herrera en sus mencionadas *Anotaciones* de 1580. Y véase Ruiz Pérez (1987: 35).

⁸ Véase por extenso Taboada (1989: 77-95), quien lo analiza desde Valdés y la *Gramática de la lengua vulgar de España* de Bartholomé Gravio (1519) a Damasio de Frías, Aldrete y Correas. Y véase la bibliografía recogida por Pedro Ruiz (1987).

⁹ Romera-Navarro (1929: 204-255) ya destacó, en ese amplio panorama, la temprana aparición del *Universal vocabulario en latín y romance* (1490) de Alonso Fernández de Palencia.

¹⁰ Véase Salazar (1615: 6). La *Gramática en diálogos* iba dirigida al rey de Francia y de Navarra. Sobre el error moral del plurilingüismo y su impronta en Góngora y cuantos mezclaban palabras latinas, griegas o mahometanas, como censuró Jáuregui, véase Río Parra (2005: 27-47); y para su trasfondo religioso, Samarin (1972).

Recordemos que la nostalgia por la lengua perfecta y única subsistió a lo largo del Siglo de Oro como un modo de afrontar los problemas de la diversidad idiomática. La huella del tratado de Erasmo *De lingua* (1525) fue decisiva en todo lo referido a la búsqueda de una lengua común que asumiese en el fondo la moral y la fe cristianas, aunque estas pudieran expresarse en idiomas diversos¹¹. Para Erasmo, la verdadera confusión babélica no era en realidad lingüística, sino religiosa.

La teología agustiniana de la lengua derivó, a través de la traducción que Bernardo Pérez de Chinchón hizo de *La lingua* (1533) de Erasmo, en una defensa del castellano; una lengua que, por otra parte, había asumido, como hemos apuntado, los problemas subyacentes a la pluralidad lingüística americana. Cervantes no hizo referencia directa a ello en el *Quijote* ni en *El Persiles*, pero su acercamiento a los cronistas de Indias, que practicaron la búsqueda de la lengua perfecta en la convivencia de las lenguas y en el valor de la traducción, fue a todas luces evidente¹².

Ambrosio de Salazar, al igual que Cervantes, no solo destacó en su mencionada *Gramática* la variedad de lenguas existentes en el mundo, sino la influencia de unas en otras, así como la importancia del uso, y el valor que los escritores daban con sus obras a la lengua de su nación¹³.

El ejemplo no es único, sino que se incardinó, como señaló Taboada (1989: 77-95), en una corriente iniciada por Nebrija y los gramáticos renacentistas, que quisieron demostrar el origen latino de las lenguas romances, probando a un tiempo que «una lengua era tanto más perfecta cuanto más se asimilaba, o se parecía, a la lengua latina, y, en otros casos, a la griega o a la hebrea».

No deja de ser curioso, en este sentido, que el erasmista João de Barros, al elogiar el portugués en su *Diálogo em louvor da nossa linguagem* (1540),

¹¹ Tratamos de ello en Egido (1996: cap. I) y particularmente en Egido (1998a: 11-34). Y véase el prólogo de Palenzuela (2000) a su obra *Los hijos de Nemrod. Babel y los escritores del Siglo de Oro*.

¹² Véase, entre otros, Castañeda (1990: 30 y sigs.) En ese sentido, hay una luminosa ausencia respecto al papel de España en relación con el plurilingüismo americano y europeo en el estudio de Eco (1994). Para las derivaciones lingüísticas de la teología de la lengua y Babel, sigue siendo fundamental la obra de Borst (1955-1973).

¹³ Véase al respecto Salazar (1615: 7 y 21 y sigs.), quien también comenta las elegancias del griego, del latín y de otras lenguas, así como la influencia del árabe en el vulgar español (*ibid.*: 31 y sigs.). Salazar recoge además un sinfín de refranes, considerando capital su aprendizaje. Y véase Terracini (1964: 135) para la progresiva afirmación de la existencia de un pasado literario español.

quisiera sustituir la tríada hebreo-griego-latín por una nueva, formada por el italiano, el francés y el español¹⁴. Y ello en una época en la que el castellano se hace «lengua universal» y menudean los tratados de todo tipo para su aprendizaje como lengua extranjera¹⁵.

El parangón del *Quijote* con las opiniones de los gramáticos de su tiempo merece atención detenida, pues lo cierto es que Cervantes se ocupó no solo de las cuestiones de la lengua, como la ya mencionada de su origen, sino de la identificación de lengua, raza, religión y estado, o de la dignidad de las lenguas en relación con su literatura. En esto, como en otros planos, su figura se distancia de aquel «ingenio lego» con el que lo bautizó Tomás Tamayo de Vargas en 1624 y que han sostenido muchos otros críticos desde distintas perspectivas hasta el día de hoy¹⁶. En el caso que nos ocupa, Cervantes demostró que estaba al cabo de las *questione della lingua*, pero, como acostumbra, trasvasó el plano teórico para imbricarlas en el diario vivir.

El *Quijote*, en este sentido, tal vez sea el crisol de la interrelación entre filología, literatura, historiografía e historia de la lengua, que, según Bahner (1966: «Prólogo»), España demostró a otros efectos a lo largo del siglo XVI. Cervantes fue además un ejemplo entre los muchos españoles que, como Juan de Valdés, vivieron fuera de España y estuvieron en contacto con otras lenguas¹⁷. En todo caso, él fue consciente de que la variedad lingüística no terminaba en los límites de la península, sino que se ampliaba, dentro y fuera de ella, en el contacto oral y escrito con otras lenguas. Dentro del paradigmático diálogo de las lenguas llevado a cabo por los humanistas, él convirtió el castellano en una lengua de diálogo con las demás, mostrando la variedad que la lengua propia ofrece a tenor de las circunstancias y de las personas que la emplean en su constante uso. En

¹⁴ Barros (1959: 22 y sigs.). Téngase en cuenta que la excelencia del portugués, heredero del latín, no planteaba ningún problema nacionalista con el castellano (*ibid.*: 77). Su *Diálogo* está íntimamente ligado a su *Ortografía* y a su *Gramática de la lengua portuguesa*.

¹⁵ Véase Alonso (1943: 39, 43-44). Y véanse p. 21 y sigs. de esa monografía para la frecuencia de los términos «idioma español», usados en el extranjero como instrumento nacional, frente a «idioma castellano» en el XVI.

¹⁶ Menéndez Pelayo, Valera, Francisco de Icaza, Américo Castro, Francisco Ayala y Francisco Rico, entre otros muchos, han debatido sobre ello. Para dichos términos, véanse Merimée (1947: 452-455) y Montero Reguera (1993: 330-334).

¹⁷ Laplana (2010: 38-39), en su cuidada edición del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, dice que este no hubiera escrito tal obra de no haber vivido en Italia y de no haber conocido las *questione della lingua*, acercándose a Bembo y a sus mencionadas *Prose della volgar lingua*.

el *Quijote*, como en el *Arte nuevo de hacer comedias* de Lope de Vega, se prueba y comprueba a todos los niveles que el famoso verso de Serafino Aquilano («E per troppo variar Natura è bella») también se podía aplicar a las cuestiones de la lengua.

Respecto al latín, el *Quijote* encierra en sus dos partes, a pequeña escala y siempre a lo vivo, las reflexiones que sobre él hicieron los humanistas y los gramáticos de su tiempo, lo que equivalía a volver a Nebrija, a Valdés y a Pérez de Oliva, respecto a la capacidad de la lengua vernácula para igualarse con él¹⁸. Dicha pretensión no era ajena a otras lenguas, como mostró Pietro Bembo respecto al italiano en sus *Prose della volgar lingua* a principios del siglo XVI¹⁹. Recordemos que las lenguas vulgares, y entre ellas el castellano, fundamentaron su dignidad en la necesidad de mostrar su autonomía frente al latín y al griego²⁰. Se trataba de una batalla que los preceptistas creían ganada, al considerar que, gracias a sus autores, el castellano estaba ya a la altura de la latinidad²¹. El asunto fue desde luego capital en la literatura, pues afectó a toda una legión de seguidores de Góngora, que quisieron acercar su lengua poética al latín. Pero Cervantes corrió por

¹⁸ Sobre las ideas de Oliva en relación con las excelencias de las lenguas vernáculas, véase Pineda (1997: 25-44). Entre los interlocutores de su discurso, vence el que mejor habla. El asunto no atañía solo a las lenguas romances, pues también los retóricos del Renacimiento inglés trataron de que su literatura fuera parangonable a la de Grecia y Roma, influyendo poderosamente en la teoría poética de la persuasión. Véase Clarck (1922: cap. VII), donde trata de William Webee y de su *Discourse of English Poetry* (1586), así como de la influencia de los humanistas italianos al respecto.

¹⁹ Véase en *Opere del Cardinale Pietro Bembo*. Tomo Secondo (1729: I, 4v) la dedicatoria de Pietro Bembo al cardenal Messer Giulio, donde parte de la diversidad de lenguas y hace un análisis comparativo entre las romances, sustentado en los clásicos y en los grandes escritores italianos, como Boccaccio y Petrarca (*ibid.*: 55 y sigs.). Las conversaciones de las *Prose nelle quali si ragiona della Volgar lingua* (1525) debieron iniciarse hacia 1502 y muestran posturas contrastadas sobre la dignidad del latín y la vileza del vernáculo. Para Bembo, las lenguas, pese a sus diferencias, pueden regirse por un buen gusto común. Véase Nelson (1981: 434 y 444-447). Para la dignidad del italiano y las *Ellegantiae* de Valla en relación con la degeneración del latín y el problema de la lengua en Italia, véase Fernández López (1999: 66 y sigs.).

²⁰ Véase Ferreras (2008: 435-438; y 481 para el *Diálogo de la dignidad del hombre* de Pérez de Oliva) y Egido (2001).

²¹ Ferreras (2008: 441-443) recuerda cómo Miranda Villafañe, en sus *Diálogos de la phantástica philosophia*, criticó el excesivo respeto por el latín y el griego, así como la vanidad de quienes presumían sin motivo de saber latín, como tantas veces recuerda el *Quijote*. Bahner (1966: 66, 183) ya señaló el arraigo de la idea de Pietro Bembo en su *Prose della lingua volgare*, al considerar el italiano como si se tratara del latín. No se podía hablar de la existencia de una lengua si no se acreditaba con obras literarias.

otros derroteros, reacio a los usos del cultismo a ultranza, tratando de que la literatura castellana (y, por ende, la suya propia) se convirtiera en clásica por sus propios medios y sin forzar las telas del idioma, tal y como ya lo había conseguido Garcilaso²².

Por otro lado, recordemos cómo el Brocense, que tenía un sentido dinámico del lenguaje, había dicho en su *Minerva* (1587) que el latín era lengua propia para escribir y pensar, pero no para hablar; sobre todo tal y como se desprendía del usado por aquel entonces²³. El maestro salmantino fue mucho más allá de Vives y de su pretensión de convertir el latín en lengua universal, consciente además, como Juan Maldonado y otros muchos, de la decadencia de su enseñanza en España²⁴. Tal vez por ello, humanistas como Aldrete o Jiménez Patón, entre otros, abogaron por un «clasicismo vulgar» sustentado en una literatura propia, parangonable con la de la Antigüedad clásica²⁵.

La Elocuencia española en arte (1604) de este último estaba impregnada de un sentido nacionalista en el que, además, la elocución iba unida a la acción. Su perspectiva sobre el uso indiscriminado de la lengua del Lacio recuerda claramente a la que vemos en *El Quijote*, cuando habla del yerro en el que caen «algunos que con un poco de gramática que estudiaron, meten vocablos Latinos en quanto hablan fuera de propósito, que en

²² Recordemos que Sperone Speroni criticó a los cultiparlantes que se mofaban del italiano como lengua inferior al latín, según Nelson (1981: 440). Y véase Blecua (2004: 1115-1122).

²³ Sobre Francisco Sánchez de las Brozas, seguidor de Scaligero y Ramus, véase Breva-Claramonte (1983: 237). A juicio de Juan Gil, en el prólogo a Eustaquio Sánchez Salor (2002), el Brocense se inspiró en las *Elegantiae Linguae Latinae* (1597) de Lorenzo Valla a la hora de luchar contra la barbarie de las gramáticas medievales. Este último, que estuvo en la corte de Alfonso V en Nápoles, se basó en los usos gramaticales de los mejores autores de la Antigüedad (*ibid.*: 312 y 327, en particular).

²⁴ Véanse Asensio/Alcina (1980) y Carrera de la Red (1988: 28 y sigs., 43-44, 77 y 92-94 en particular). El Brocense inició el planteamiento del latín como lengua muerta (*ibid.*: 170). Esa perspectiva también la mantuvieron Bembo, el Brocense y Pietrus Ramus. Véanse Sánchez Salor (2002: 342-352), el Conde de la Viñaza (1893: XII y sigs.), Romera-Navarro (1929: 208) y Serés (2004: 8-11).

²⁵ Carrera de la Red (1988: 154-158 y 164). Y véase Ynduráin (1982: 9-34) para la irresistible ascensión del castellano. Por otro lado, la presunción de cultura que conllevaba el uso ocasional del latín en la prosa castellana aparece en los preliminares de la *Segunda Parte del Quijote*, como muestra la aprobación de José de Valdivielso (citando a Pausanias y a Cicerón) y la dedicatoria de Cervantes al Conde de Lemos, con un lexicalizado *Deo volente*. Véase Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, pp. 538 y 547 en la edición por la que citamos.

la propiedad de nuestro romance discordan y suenan mal tanto, que hacen donaire y tornan algunas vezes pasatiempo de ello»²⁶.

La portada *Del origen y principio de la lengua castellana ò romance que oi se usa en España* (1606) de Bernardo Aldrete, llevaba un lema en hebreo, griego y latín, como expresión simbólica del origen y genealogía de la lengua castellana²⁷. Pero su concepción de esta no era otra que la de servir de intérprete para «que tuviese compañía con los hombres mediante la comunicación, i trato»²⁸. Y a dicho fin útil se encaminó la mencionada obra, al entender que el latín había sido lengua de unificación frente a la diversidad babélica, como lo sería más tarde el castellano, su directo descendiente.

La dignidad de este venía avalada por quienes lo habían levantado a la altura del latín en las diferentes disciplinas, pues, como dijo Miranda Villafañe, «nuestra lengua castellana muy suficiente es para manifestar conceptos como la latina», considerada ya esta virtualmente desaparecida²⁹. Desde esos y otros presupuestos humanísticos, lo cierto es que, con el uso directo u oculto de los clásicos y con los latines entreverados del *Quijote*, casi siempre con efectos cómicos, Cervantes pretendió mostrar el paradigma de una lengua de unidad a semejanza del latín clásico y que pudiera competir con este³⁰.

²⁶ Citamos *La Elocuencia española en arte* a través de la edición de Marras (1987). Véase Fernández López (2001: 514-522), quien alude a la dignificación de la lengua española de Jiménez Patón y al desdoro de no tener una retórica que estuviera a su altura.

²⁷ El libro iba dedicado a Felipe III y formaba parte de la identificación entre lengua, imperio y religión.

²⁸ *Ibid.* Véase el prólogo, donde habla del «justo castigo de la confusión de lenguas», por cuya diversidad se siguieron odios y guerras. Aldrete justifica la publicación de su libro en Roma, donde, según dice, tuvo su origen la lengua de Castilla. La obra, que analiza el origen latino del castellano (p. 87 y sigs.), habla también de su extensión en América, partiendo de que «los vencidos reciben la lengua de los vencedores vencéndoles con las armas» (p. 138). Bien conocida es su concepción política del asunto: «Las lenguas son como los Imperios, que suben a la cumbre, de la qual como van caiendo no se vuelven a recobrar» (p. 185). Para él, hablar castellano era, en cierto modo, hablar latín (pp. 186-190). Y véanse p. 367 y sigs. sobre la dignidad literaria del mismo. Para el tema, en España y América, véanse los estudios recogidos por Valle (2013).

²⁹ Véase Miranda Villafañe (1582), quien dice que la lengua castellana se habla «en todo lo más de España, porque la Portuguesa, y la Catalana, y Valenciana, que en alguna cosa discrepan de la castellana, son en efecto dirivadas del Romance».

³⁰ Cervantes iría más lejos en *El Persiles*, al destacar la universalidad del castellano en parangón con la que ofreciera el latín en la Antigüedad, insertándolo en un ideal de unidad religiosa que, sin embargo, no aparece con tanta obviedad en el *Quijote*. Véase Egido

Él pensaba, como la mayor parte de los humanistas, que «las reinas de las lenguas» eran el griego y el latín (p. 1032), aunque dejara aparte el hebreo y se centrara a cambio en el árabe, como luego veremos. Al igual que en la *Primera*, en la *Segunda Parte del Quijote* será el latín referencia de cultura y motivo recurrente de comicidad. Sansón Carrasco demuestra por ello su condición de bachiller, aludiendo al *Arte Poética* de Horacio con una frase ya topificada: «aliquando bonus dormitat Homerus»³¹. Esa doble perspectiva, de afán cultista y vis cómica, aparece también en el «bene quidem» (p. 597) con el que don Quijote aconseja a Sancho su vuelta a casa para hablar con su mujer.

El mismo caballero andante marca distancias numerosas veces usando el latín, como se aprecia particularmente en el episodio de don Diego Miranda, donde además se alude a la cultura latina y griega de su hijo³². Claro que el uso de la tradición clásica sin fundamento lo encarnó Cervantes en la figura del Primo, que andaba preparando un Ovidio español y un Suplemento de Virgilio Polidoro (p. 735), lleno de saberes inútiles.

Aunque lo más singular al respecto es sin duda la afirmación de don Quijote: «Todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar a las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos» (p. 667). Al defender el griego y el latín como lenguas maternas, usadas por Homero y por Virgilio, el caballero andante defendía sin duda a quienes escribían en la lengua vulgar propia, incluso si esta no descendía directamente de la latina. De ahí su consejo de «que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya» (*ibid.*), avalando, con tal afirma-

(1998b: 107-134). Sobre la utopía cristiana de la lengua en Bernardo José de Aldrete, frente a las ideas de Cervantes en *La Numancia*, véase Beck (2013: 479-490) y Lledó-Guillem (2015: 191-207).

³¹ Recordemos además cómo ya en el prólogo a la *Primera Parte* se burla de las citas latinas (pp. 10-11), añadiendo: «Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra».

³² Pp. 665-666. En un momento dado, don Quijote se refiere a «cuando no se ha de estudiar *pane lucrando*» (p. 666) y recoge un «Est Deus in nobis» de los *Fastos* VI.5 de Ovidio (p. 667). Anteriormente, al hablar don Quijote de la sepultura de Adriano en el castillo de Santángel en Roma, dice que lo llamaron *moles Hadriani* (p. 607). Rosenblat (1971: 14 y sigs.) ya analizó la actitud de Cervantes ante el latín en el *Coloquio de los perros* y en el *Quijote* (I, caps. XX, XXV; y II, caps. II, VII, XVI, XXV, XXVIII, LI, LXII, LXVIII, etc.), señalándolo como lengua materna de los romanos. Cervantes criticó la mezcla de español y latín por vanidad erudita, al igual que Erasmo y Jiménez Patón en su *Elocuencia española*.

ción, incluso el ejemplo de esta última, aunque no tuviera apoyo literario aparente.

El tratamiento, siquiera leve, del latín en el mencionado episodio del Caballero del Verde Gabán, que tenía en su casa «libros en romance y en latín» (p. 664), se repite en el episodio de maese Pedro, quien, hablando con don Quijote, suelta un «*operibus credite et non verbis*, y manos a la labor» (p. 750) como signo de una cierta cultura no exenta de gracia en el hablar³³. Más adelante, en la aventura del rebuzno, Sancho asegurará: «Mi señor don Quijote de la Mancha [...] es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como buen bachiller» (p. 765). Grado que el susodicho corroborará después al decir a su criado: «Y dad gracias a Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje» (p. 767)³⁴.

El diálogo entre don Quijote y Sancho los sitúa precisamente en esa diferencia cultural y social que marca el conocimiento o no de la lengua latina, como cuando en la aventura del barco encantado aquel enmienda el vocablo *logicuos* del escudero:

Longincuos —respondió don Quijote— quiere decir ‘apartados’, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado a saber latín, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran (p. 773).

Pero será en el episodio aragonés de los duques donde don Quijote mostrará su cultura latina con la palabra *demostina*, que explicará a la duquesa en los siguientes términos:

Retórica *demostina* —respondió don Quijote— es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como *ciceroniana* de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo (p. 799)³⁵.

³³ Rosenblat (1971: 14 y sigs.) ya destacó la defensa de la lengua vulgar de España frente al latín en el episodio del Caballero del Verde Gabán (II, cap. XVI). Bahner (1966: 11, 23 y 39) señaló la rivalidad entre las naciones para acercar su lengua al latín, lo que conllevaba la idea del carácter unitario de cada una de ellas y la necesidad de crear una gramática propia. Y véanse p. 42 y sigs. para la idea en Nebrija, Valdés y otros.

³⁴ Strosetzki (1997: 358-359, 361 y 375) recuerda cómo Baltasar de Céspedes, en su *Discurso de las letras humanas llamado el Humanista* (1600), dijo que este debía saber latín y griego, pero no hebreo, mostrando además la utilidad del latín para entenderse con los extranjeros y para interpretar a los clásicos. El latín y el griego formaban parte de los *Studia Humanitatis*. Véase Carrera de la Red (1988: 44).

³⁵ Téngase en cuenta que Márquez Villanueva (2005: 235 y sigs.), más allá de la locura positivista de adscribir a Pedrola y a los Villahermosa el episodio de los duques, creía que

La interlocutora, que lee y muestra cierto grado de cultura, al igual que su esposo —buenos conocedores ambos de la literatura clásica y caballerescas (p. 801 y sigs.)—, parece sin embargo en ese momento no saber latín. Carencia tal vez femenina, pero que, en el caso de Sancho, le llevará al uso del latín macarrónico en la estancia ducal usando un *abernuncio*, en lugar del *abrenuncio* sacado del latín eclesiástico por don Quijote (p. 826)³⁶. La «sabrosa plática» que mantienen amo y criado en el castillo ducal no tiene desperdicio, pues apunta incluso a la elección entre un término «feo y torpe» como *regoldar*, frente al más clásico de *erutar*, que se impondría discretamente con el tiempo, pese a los «regüeldos» espirituales y prosaicos usados por Baltasar Gracián en *El Comulgatorio* y en *El Criticón*³⁷.

Respecto al episodio de la Ínsula Barataria, no podían faltar en ella los latines con los que los médicos diagnosticaban y hasta curaban a los enfermos, ya fuera con un «¡Absit!» de abstención o aplicando un aforismo de Hipócrates³⁸. La *Segunda Parte del Quijote* se irá así salpimentando de latines, dando testimonio de una tradición vinculada a la educación religiosa, como el «dubitat Augustinus» (p. 936), proveniente de los debates eclesiásticos (p. 936), o el «stultorum infinitus est numerus» (p. 574), sacado del *Eclesiastés*. Pero el latín irá cediendo paso a la presencia de otras lenguas conforme los andantes se encaminen a Barcelona.

Allí surgirá, sin embargo, con toda su gracia, en el sarao burlesco de las damas catalanas en casa de don Antonio Moreno, donde estas requerrán a hurtadillas a don Quijote, que las espantará con un «¡Fugite partes adversae!» (p. 1026) para quitárselas de encima. El griego y el latín aparecerán además en el debate sobre la traducción del episodio de la imprenta barcelonesa al que aludiremos luego, donde Cervantes afirma la dificultad que entraña semejante ejercicio.

este fue un particular «menosprecio de corte» cervantino, vinculando la aventura del barco encantado a la burla literaria de la *stultifera navis*.

³⁶ Pero véase más adelante lo que señalamos en el cap. 39 p. 846. Paradójicamente la duquesa, que no entendía el significado de *demostina*, es capaz sin embargo de citar unos versos de la *Eneida* (II.6-8): «quis talia fando temperet a lacrimis», o sea, «¿quién al narrar tales cosas podrá contener las lágrimas?». Cervantes es consciente de la extensión del castellano en esas tierras aragonesas. Sobre ello, véanse Enguita/Arnal (1995: 151-195).

³⁷ Don Quijote, tras calificar negativamente *regoldar*, dice: «Y así, la gente curiosa, se ha acogido al latín y al *regoldar* dice *erutar* y a los *regüeldos*, *erutaciones*» (p. 872). Sancho asiente: «*Erutar* diré de aquí adelante» (*ibid.*).

³⁸ «¡Absit!» —dijo el médico— (p. 901). Y véase el aforismo de Hipócrates, a propósito de unas perdicés que, en el original hipocrático, se aplicaba al pan: «Omnis saturatio mala, perdicés autem pessima».

Al final de la obra, el latín aflorará de nuevo en el capítulo LXXI, cuando, ya de vuelta a casa, don Quijote lo emplee en paridad con el uso que del refranero hace Sancho, encarnando así la distancia social y cultural que mediaba entre ambos³⁹. Cervantes da de este modo buena cuenta de los usos corrientes de un latín aplicado a veces sin conocimiento ni causa y con resultados risibles. Como lo hacía un tal Monleón respondiendo a todo lo que le preguntaban con un «Deum de Deo», sacado del Credo, que él traducía tranquilamente por «Dé donde diere» (p. 1088)⁴⁰.

Lo cierto es que el acomodo del latín eclesiástico al lenguaje ordinario persiste hasta el final del *Quijote*, como el reiterado «¡Malum signum! ¡Malum signum!» (p. 1094), aplicado a la liebre que huye perseguida por unos cazadores con sus galgos, mientras Dulcinea no aparece. El libro se cierra además con un lexicalizado «Vale», fórmula latina de despedida, que no deja de ser un socorrido y tópico adiós a los lectores del libro.

Al igual que en la *Primera Parte del Quijote*, de todas las lenguas, salvado el latín, las referencias al árabe destacan en la *Segunda*; y ello, gracias no solo a las historias de Ricote y Ana Félix (en paralelo con la de Zoraida), sino al imperativo mayor de Cide Hamete Benengeli, primer autor de la obra. No es extraño, por ello, que las alusiones a dicha lengua aparezcan desde el principio, cuando en el capítulo II Cervantes corrija el «Cide Hamete Berenjena» de Sancho, aclarando que «los moros son amigos de berenjenas» y que *Cide*, «en arábigo, quiere decir ‘señor’» (p. 565)⁴¹.

Tales referencias no dejan de tener connotaciones negativas, pues se nos dice en el *Quijote* que a Sancho «desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas» (p. 566). De esta forma, la lengua ya no implicaba únicamente una carga cultural, relativa al «autor» de la obra en cuestión, sino que acarreaba implicaciones raciales y morales inequívocas. El asunto trascendía además al plano novelesco, pues el origen de tal autor dejaba en tela de juicio la veracidad del relato.

³⁹ Véase el *gratis data* (p. 1083) o las palabras de un don Quijote que peca tanto con los latines como su escudero con los refranes: «No más refranes, Sancho [...], que parece que te vuelves *sicut erat*: habla a lo llano, a lo liso» (p. 1088).

⁴⁰ Cuestión aparte es la emulación de las fuentes clásicas en el *Quijote*, objeto de numerosos estudios, entre los que cabe destacar los de Cuartero (2013: 403-416) y Schwartz (2013: 33-49). Y véase Barnés Vázquez (2009).

⁴¹ La presencia de Cide Hamete es mayor en la *Primera* que en la *Segunda Parte*, según Jurado Santos (2012: 411-412), quien ha señalado además la ambigüedad y el juego narrativos que ofrece su figura (*ibid.*: 417). Y véase Vincent (2006a: 105-118).

Por otro lado, Sansón Carrasco añadía al asunto la necesidad de traducir del árabe las hazañas de don Quijote escritas por Cide Hamete «en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes» (p. 567). Perspectiva, esta, que agranda la extensión de los lectores en romance, sin quitar por ello méritos a un «autor» árabe o morisco, que menciona a Alá tres veces al ver que don Quijote y Sancho ya están en camino y que, por tanto, no solo maneja otra lengua, sino que además no es cristiano (p. 601)⁴². El planteamiento no es baladí, sobre todo porque la obra que tiene el lector en sus manos es una traducción a una lengua «cristiana», pero que convive con la de quienes hablan y escriben la árabe, y que se ha dejado penetrar por ella. Así ocurre con los «lelilíes» que, «al uso de moros cuando entran en las batallas» (p. 818), se oyen en el episodio de la cacería de los duques aragoneses⁴³.

La terminología árabe alcanza también al episodio del puerto de Barcelona, donde se alude a «dos toraquis, que es como decir dos turcos borrachos» (pp. 1037-1038), con una palabra, *toraquis*, que, según Federico Corriente, es una variante que «parece resultado de la aplicación de dicho sufijo a ciertos plurales colectivos árabes»⁴⁴. La voz acarrea, en este caso, un alto sentido despectivo, que apela a la presencia de los escopeteros turcos que había en el bergantín de la costa barcelonesa, y su mera referencia trasluce además un nuevo episodio, como el de las galeras, en el que la traducción se hace necesaria⁴⁵.

⁴² Más adelante habrá una nueva alusión al «cronista» Cide Hamete y al «traductor» de la historia. En el capítulo XLIV el tema de la traducción se mantiene, haciéndose referencia a que el traductor había sido fiel a lo escrito por dicho autor.

⁴³ El grito reaparecerá de nuevo en el episodio de Barcelona, cuando entran en ella don Quijote y Sancho. Corriente (2003) registra *lilíes*, *leilíes* ('griterío festivo guerrero de los musulmanes'). Era palabra asimilada al castellano, al igual que *algazara*.

⁴⁴ Véase en Corriente (2003) la voz *torquí* 'turco'. Ya en el *Cancionero de Baena* aparecen los términos *turquis* y *turquino*. Rico/Forradellas (2004: 1256), en su edición de *Don Quijote de la Mancha*, cuestionan la opinión de Corriente (2003) respecto a los *toraquis* borrachos, pero la opinión sobre los turcos en *El Persiles* es igualmente despectiva. Para la valoración de los ataques a los turcos en esas obras, cabe tener en cuenta que ya Luis Vives (1526) había criticado dicha insolidaridad entre los príncipes cristianos desde una perspectiva pacifista y unificadora claramente cristiana. Véase Coroleu (1998: 314), quien señala también el desarrollo de dicha corriente y las distintas posturas respecto al latín y a la lengua vernácula en España.

⁴⁵ «Preguntó el general quién era el arráz del bergantín, y fuele respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que después pareció ser renegado español): Este mancebo, señor, que aquí veis es nuestro arráz» (p. 1038). Recuérdese además que Sancho, al salir de la ínsula, dice: «Así dejaré de irme como volverme turco» (p. 957), trasluciendo una animadversión cervantina que también trasluce *El Persiles* y otras obras.

El episodio de Ana Félix mostrará todas las capas superpuestas por un arráz que ni es turco, ni moro, ni renegado, sino mujer cristiana⁴⁶. Pues nos encontramos ante una Ana Félix-Arráz que, por el traje, aparenta ser hombre moro, turco y renegado, pero que, cuando cuenta su historia al virrey, descubre que, bajo su apariencia varonil, esconde el testimonio de una nación, una lengua y una religión. Cervantes prueba además que ambas se maman en la leche de la madre, lo mismo que se adquieren las buenas costumbres paternas, siguiendo una idea agustiniana, como ya apuntó Leo Spitzer⁴⁷. De este modo, la fe, la lengua, las virtudes y hasta la hermosura, se identifican con la lengua castellana y con la religión cristiana.

Sin entrar en el menudo del episodio en relación con la expulsión de los moriscos, lo cierto es que este se presenta como encrucijada de religiones y lenguas, ya no solo por Ana Félix, sino por el caballero Gaspar Gregorio, un cristiano que aprende a hablar árabe por amor, que acompaña a su amada en el destierro y hasta se mezcla con los moriscos haciéndose su amigo (pp. 1040-1041)⁴⁸.

Marcados tales presupuestos, el paso de Gaspar Gregorio a Berbería y su asiento en Argel ya no necesitará precisiones lingüísticas, pero sí religiosas y morales, pues los turcos aparecen como seres bárbaros y dados a la sodomía, lo que favorece un nuevo travestismo lingüístico y sexual pero, en este caso, a la inversa del llevado a cabo por Ana Félix⁴⁹. De este modo, los disfraces que encubren la identidad de los personajes se trasladan constantemente al terreno lingüístico.

La conocida ambivalencia con la que Cervantes se expresa acerca de la expulsión de los moriscos, también tratada en *El Persiles* y en el *Coloquio de los perros*, alcanza, en el episodio de Ana Félix, resonancias lingüísti-

⁴⁶ Para los distintos niveles de comunicación de dicho episodio, véase Neuschäfer (1998: 638-639), quien cree se trata de dos historias intercaladas como la de Roque Guinart.

⁴⁷ «Tuve una madre cristiana y un padre discreto y cristiano, ni más ni menos; mamé la fé católica en la leche, críeme con buenas costumbres, ni en la lengua ni en ellas jamás a mi parecer, dí señales de ser morisca» (pp. 1039-1040). Sobre la idea agustiniana de que la religión, como la lengua, se maman con la leche de la madre, véase el clarificador trabajo de Spitzer (1995: 135-187).

⁴⁸ Téngase en cuenta que la expulsión de los moriscos fue objeto de debates en la monarquía hispánica en 1614, cuando se liquidó el proceso. Sobre ello, Vincent (2013: 39-51). Los del Valle de Ricote se exiliaron en diciembre de 1613 y enero de 1614. Vincent prefiere el término *mudéjares antiguos* para calificar a estos.

⁴⁹ El plurilingüismo de Argel también se reflejó en *El Persiles*, según Hegyi (1999: 225-239); y véase Egido (1998b).

cas y religiosas respecto a aquellos, dejando nuevamente en situación de inferioridad absoluta a los turcos⁵⁰.

En la *Segunda Parte del Quijote* gravitan esas dos historias que al final se entrecruzan, como son las de Ricote y su hija Ana Félix, que terminan por encontrarse tras un largo peregrinaje, permitiendo que, después de su exilio, ambos se queden en España (ella, «hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bien intencionado», p. 1052). Regreso, este, que, junto al de don Gregorio, será favorecido por don Antonio Moreno y el virrey, entre otros barceloneses que pondrán un feliz final de comedia a una historia llena de visos trágicos y tortuosas peregrinaciones por tierras extrañas. En el encuentro de Ana y Gregorio sobrarán sin embargo las palabras, pues

el silencio fue allí el que habló por los dos amantes y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos (*ibid.*).

Como ocurre con el latín, el árabe también aparece al final de la *Segunda Parte*, ofreciendo toda una lección de filología sobre algunas palabras que se habían asentado en la lengua castellana. Pues, tras discurrir don Quijote sobre los controvertidos *albogues* («unas chapas a modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco hace un son...»), p. 1062), dice:

Y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*, conviene a saber: *almohaza*, *almorzar*, *alfombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacén*, *alcancía* y otros semejantes, que deben ser pocos más; y solos tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*; *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos (p. 1062)⁵¹.

⁵⁰ Al igual que haría con sentido despectivo en *El Persiles*, Cervantes dice en el episodio de Ana Félix, que «la demás chusma del bergantín son moros o turcos» (p. 1041), mientras ella, llorando, solicita del visorrey que la deje morir como cristiana. Véanse pp. 1052-1053, donde Cervantes hace un alegato a favor de don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, a quien el rey encargó la expulsión de los moriscos, lo que, según él, llevó a cabo con misericordia y justicia; y la nota 22 de la p. 1053, donde se contrastan otras opiniones muy distintas de Cervantes sobre el tema.

⁵¹ Según Corriente (2003: s. v. *albogue*), Cervantes confunde un instrumento de viento, de origen oriental, como el *albogue*, que aparece ya en el *Libro de Buen Amor*, vv. 1223-1224, especie de flauta doble y que él creyó estaba formado por unas chapas de latón semejantes a crótalos. Téngase en cuenta que España contaba con el *Vocabulista arábigo en lengua castellana* de fray Pedro de Alcalá (Granada, 1501). Y véase Vidal Castro (2008: 319-345).

Se respunteaba así un sutil tejido histórico, político, religioso, social e incluso sexual, relacionado con las lenguas en contacto y referido al árabe «morisco», lengua de la que, en definitiva, provenía el libro que el lector estaba leyendo, traducido a otra como el castellano, que estaba a su vez preñada de voces arábicas con las que el narrador se deleita indicando su procedencia⁵².

Muerto ya don Quijote, Cervantes no olvidará sin embargo al «autor» de la obra, Cide Hamete Benengeli, que guardó para siempre el nombre del lugar de la Mancha donde nació el ingenioso caballero para que todas las villas y lugares se disputaran el origen, «como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero» (p. 1104). Que fuera finalmente el prudentísimo Cide Hamete quien dialogara con la pluma que había pergeñado sus hazañas cerraba, como un ouroboros, las páginas de una obra en la que la creación y la traducción terminaban por ser uno y lo mismo.

Por otro lado, la mencionada historia de Ana Félix confluye con la de su padre Ricote, que capítulos atrás había mostrado una peregrinación forzada hacia el norte de Europa, lo que conllevaba, como en el caso de su hija, no solo disfraces y encubrimientos, sino la aparición, en este caso, de la lengua alemana en los espacios de un episodio no exento de misterio⁵³. Así se desprende de la extrañeza ante otro idioma de don Quijote y Sancho cuando topan con seis peregrinos extranjeros con sus bordones, que enseguida delatan, por una sola palabra, lo que pretenden:

Todos juntos comenzaron a cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fue una palabra que claramente pronunciaba «limosna», por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedían (p. 960).

Pues cuando Sancho les dio pan y queso, y ellos dijeron: «¡Guelte! ¡Guelte!» («¡Dinero!, ¡dinero!»), los peregrinos declararon su origen alemán, lo que desencadenó un diálogo por señas con uno de ellos, que le mostró la bolsa, aunque finalmente se descubriera que este no era otro sino el morisco Ricote, disfrazado de «moharracho» y «transformado de morisco en alemán o en tudesco» (*ibid.*).

Uno de los alemanes, con la alegría de vaciar la bota junto al resto, utiliza además la *lingua franca*, una mezcla de varias lenguas románicas, que incluso el propio escudero llega a compartir:

⁵² Sobre el asunto, véase, entre otros, Solá-Solé (1974: 209-222).

⁵³ Véase Westerveld (2007). Dicho Valle era mudéjar por excelencia, con apenas un 4% de cristianos viejos, según Vincent (2013).

Español y tudesqui, tuto uno: bon compañero.
 Y Sancho respondía.
 ¡Bon compañero, jura Di!⁵⁴.

El encuentro de culturas y lenguas diversas se plasma no solo en la interlocución, sino en las costumbres, como la del «manjar negro que dicen que se llama *cavial*» (p. 961) que comen los alemanes. Pero aquí se trata, como vemos, de algo más que una cuestión de lenguas en contacto, pues aparece un problema más agudo en el que el paradigma lengua-raza-patria se muestra en carne viva a través de la figura del morisco Ricote, expulsado por fuerza de España y que ha emigrado, como tantos otros, a Alemania para preparar la posterior salida de su familia⁵⁵.

Cervantes mostró, a través de este morisco encubierto, los avatares de aquellos de su raza que, paradójicamente, comprobaron que era en Berbería y África donde peor los trataban, anhelando, por ello, el regreso a la que consideraban su patria:

Y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua, como yo, se vuelven a ella y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y ahora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria (p. 964).

El camino hacia Alemania, donde se vive con «libertad de conciencia», pasando por Italia y Francia, no acaba ahí, pues Ricote ha vuelto para rescatar el dinero que dejó enterrado y volver a Alemania, no sin antes ir por Valencia a Argel para recoger a su mujer y a su hija⁵⁶. La vida itinerante entre Europa y África de los moriscos expulsados y el contacto de lenguas, religiones y culturas se incardinan en la historia de Ricote y en la de Ana

⁵⁴ P. 962 («Español y alemanes, todos uno. Buenos camaradas [...] ¡Buenos amigos, juro por Dios»). Sobre la *lingua franca* en la obra, véase Spitzer (1955: 135-187). En cuanto a *guelte* o *gueltre*, en la ed. coordinada por Rico (2015: 1166) se anota: «del alemán u holandés *Geld*; en germanía adopta la forma *gueltre*».

⁵⁵ Ricote explica a Sancho la vida que ha llevado tras el decreto de expulsión (10 de julio de 1610 y, por tanto, posterior a la *Primera Parte del Quijote*), aunque antes se les conminara a que lo hicieran voluntariamente. La expulsión se ejecutó en un arco que va de 1609 a 1613. Téngase en cuenta (p. 961) que muchos de los moriscos huidos volvieron en 1612. Miranda Villafañe (1582: fol. 3) habla sin embargo de los males derivados de la lengua de los moros que conquistaron los reinos de España, refiriéndose además a la prohibición de Felipe II para que no se hablara la lengua «llamada arábica o algarabía».

⁵⁶ «Libertad de conciencia» tiene aquí el sentido de permisividad excesiva, por alusión a los países protestantes (p. 964, n. 28).

Félix como un problema mucho más complejo que el que planteaban las gramáticas y las preceptivas literarias de la época de Cervantes. Sobre todo a la hora de identificar los conceptos de nación y lengua, cuando la religión, la raza y hasta el sexo andaban de por medio⁵⁷.

La vida de las lenguas y el contacto entre unas y otras aparecen en el *Quijote* con esas ansias de cambio y renovación a las que Horacio apelaba en la *Epístola a los Pisones*, VII, recordando lo que ocurre con las hojas de los árboles, que van cambiando a tenor de las estaciones, sin que por ello cambien sus raíces. Las lenguas, en cualquier caso, van unidas al uso de las personas que las hablan, según su origen, o se plasman en las obras de quienes las escribieron o tradujeron para entendimiento de muchos. Y en ese proceso a lo vivo, donde el imperativo del uso es más poderoso que el de los césares, Horacio también le sirvió a Cervantes de modelo no solo porque había dado por buenas en el latín las voces derivadas del griego, sino porque consideró que la inserción de vocablos nuevos o extranjeros debía hacerse siempre con prudencia y tiento⁵⁸.

La *Segunda Parte del Quijote*, escrita a la par que *El Persiles*, ofrece, en el plano lingüístico, numerosos paralelos con este. Sobre todo en lo referido a la comunicación gestual y verbal entre personas de distintas lenguas, así como en el papel de la traducción, creando desde el principio un marco de verosimilitud íntimamente ligado a la acción, al espacio y al decoro de los personajes. Pero sobre todo mostró hasta qué punto, desde Homero, los viajes, las peregrinaciones y hasta la caballería errante suscitaban un sinfín de encuentros con gentes de distinta procedencia y lengua⁵⁹. Gracias a ello, la narración progresaba en la encrucijada de los caminos, fundiendo géneros, estilos y lenguas.

Cervantes conocía muy bien la susodicha defensa del vulgar que se había originado en Italia a partir de Dante, propiciando una corriente huma-

⁵⁷ Véanse Arriaga de Lassel (2008: 329 y sigs.), y los estudios recogidos sobre Cervantes y el Islam (*ibid.*: 327-404; 405 y sigs. para *El Persiles*).

⁵⁸ Horacio, en la edición de Iriarte (1777: 8-9), comparó además, las voces que se toman de otras lenguas con las monedas extranjeras que se acuñan de nuevo y adquieren otro valor.

⁵⁹ Sobre ello, Egido (1998b). Recuérdese que, en el prólogo del *Viaje de Turquía*, Cristóbal de Villalón invoca a Homero en estos términos: «Ayúdame a cantar, ¡oh musa! Un varón que vio muchas tierras y diversas costumbres». Véanse al respecto ese y otros ejemplos en Martinell *et al.* (2000: 110 y sigs.). En este catálogo, no faltan la gestualidad ni la presencia de intérpretes, guías e intermediarios, así como el reclamo de numerosos ejemplos cervantinos y referencias a la pluralidad lingüística como consecuencia de Babel.

nística que se decantaría por su emancipación del latín⁶⁰. Dejando aparte la influencia de los escritores italianos en el *Quijote*, lo cierto es que, al igual que ocurriera en la *Primera Parte*, no podía faltar, en el itinerario de don Quijote hacia Zaragoza y más tarde hacia Barcelona, la mención del italiano, también presente en *El Persiles*, cuyo destino era Roma. Y así, términos de *lingua franca*, como los del episodio de Ricote, aparecen en el del titiritero maese Pedro, un «hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compañero*» (p. 745), que andaba por la Mancha de Aragón con su retablo y su mono. Al verlo, don Quijote le pregunta, usando un giro italiano: «Dígame vuestra merced, señor adivino: ¿qué peje *pillamo*? ¿Qué ha de ser de nosotros?» (p. 746).

Tales palabras preceden al momento en el que el susodicho titiritero relata la historia de don Gaiferos y su esposa Melisendra en la ciudad de Sansueña, donde aparecen las torres de la Aljafería. «Sacada de las crónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos de las calles» (p. 751), Cervantes muestra con ello hasta qué punto la letra que acompañaba a los títeres, como las novelas de caballerías que nutrían el magín de don Quijote y el propio libro, se basaban en fuentes escritas más allá de las fronteras españolas, además de ser fruto de la tradición oral autóctona⁶¹.

En este caso, como ocurre en el de los moriscos encubiertos Ricote y Ana Félix, el titiritero tuerto y disfrazado no es otro que Ginés de Pasamonte, que había compuesto un gran volumen contando sus bellaquerías y que se había pasado al reino de Aragón para ocultar sus delitos.

En los episodios por esas tierras, no falta además un «¡Tarde *piache!*», con el gallego *piache*, del verbo *piar*, cuyo uso ya habían registrado en el habla castellana Timoneda en su *Portacuentos* o Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua castellana o española*⁶². El *Quijote* dará muestras de otras

⁶⁰ El Humanismo fue el directo responsable de la emancipación del vulgar, aunque al principio se decantara por resaltar las facultades creadoras del latín. Véase McLaughlin (2000: 269-294), quien parte de la plurilingüe *Hipnerotomachia Poliphili* (1499) de Francesco Colonna y del apogeo de la influencia humanística sobre la literatura vernácula. Y véase en particular Gómez Moreno (1994).

⁶¹ No olvidemos que se trataba de una internacional caballeresca, cuyos héroes literarios e históricos procedían de los más variados países. La historia de don Gaiferos transurre, como es bien sabido, «en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza» (p. 751). Sansueña viene de *Sansoigne*, es decir, Sajonia (*ibid.*: n. 3).

⁶² Rico anota: «¡Tarde te quejas!» (p. 1031), expresión coloquial para indicar que alguien llegó tarde o no se halló a tiempo en un negocio o pretensión. Ya lo recogió Timo-

lenguas en el camino interminable hacia Zaragoza, donde se recrea una nueva y pastoril Arcadia en la que se alude a dos élogos: «una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes en su misma lengua portuguesa» (p. 991), tal y como las habían aprendido las disfrazadas pastoras. Estas las podían recitar supuestamente con igual familiaridad en español y en portugués, considerado entonces una de las lenguas de España⁶³.

Como quiera que la existencia del autor apócrifo desvía la meta zaragozana de don Quijote, este decide por fin no poner los pies en Zaragoza con motivo de las justas del arnés que en aquella ciudad solían hacerse todos los años, y elige «el más derecho camino para ir a Barcelona sin tocar Zaragoza» (p. 1004). El cambio es crucial a todos los efectos, incluidos los lingüísticos, pues en el camino de ida a esa ciudad aflorarán, como ya hemos visto, nuevas lenguas y, entre ellas — no podía ser de otra manera —, el catalán.

El encuentro con el bandolero Roque Guinart y sus «escuderos» de origen gascón presupone el entendimiento del castellano por parte de todos, pero Cervantes da señas inequívocas de que estos hablan también otra lengua. La descripción de este bandolero generoso y prudente, al que don Quijote consideraría su parigual (p. 1014), contrasta con la de los gascones, «gente rústica y desbaratada» (p. 1012), mostrando, como en el caso de los turcos, connotaciones negativas vinculadas al origen geográfico. Los gascones ofrecen un claro contraste con la nobleza de Roque Guinart, que portaba «cuatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman *pedreñales*», p. 1008), aclaración terminológica que acrecienta una vez más la verosimilitud del relato.

Obviamente, y al igual que ocurre en *El Persiles*, Cervantes recreaba un ámbito lingüístico concreto con apenas una o dos palabras en la encrucijada

neda en su *Portacuentos*, e iba unido al relato del huevo empollado y los dos vizcaínos. Véase Hernández Valcárcel (2002: 208). Covarrubias (1611), a propósito de *piar*, dice: «Proverbio: “Tarde piache”, el que no habló con tiempo». Se emplea para señalar que alguien pide una cosa fuera de tiempo o llegó tarde. Véase Suazo Pascual (1999: núm. 316). También lo recogió, entre otros, Martín Sarmiento en 1739. En el *DRAE*, *piache*, *tarde*: «Del gallego *tarde piache*, tarde piaste, frase que la tradición atribuye a un soldado que, al tragarse un huevo empollado, oyó *piar* al polluelo».

⁶³ En ese sentido, no deja de ser curioso que las referencias a Garcilaso y a Boscán se den también en el camino de vuelta de Barcelona, cuando, tras el encuentro con Tosilos, don Quijote y Sancho se topan con las pastoras y el caballero expresa su deseo de convertirse junto a Sancho en pastores. Allí recuerda al «antiguo Boscán», que se llamó «Nemoroso», rubricando una amistad entre el poeta toledano y el catalán (p. 1061), que se hizo legendaria desde la publicación en común de sus *Obras* en Barcelona (1543).

de caminos, donde el caballero y el escudero encuentran a dos capitanes de infantería que tenían sus compañías en Nápoles e iban a Barcelona, y de ahí a Sicilia (p. 1015)⁶⁴. En este caso, le basta constatar en catalán la catadura de los enemigos del bandolero para que el lector perciba la lengua en la que los gascones se expresan, cuando exclaman:

¡Viva Roque Guinart muchos años, a pesar de los *lladres* que su perdición procuran! (p. 1016).

Pero, por si eso fuera poco, el autor precisa y traduce para los lectores lo que allí se hablaba, dejando una pequeña señal para hacer más creíble el cambio lingüístico:

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: «Este nuestro capitán más parece *frade* que bandolero» (p. 1017).

Esa verosimilitud se amplía en la carta de conducto que Roque da a don Quijote y Sancho para unos amigos que viven en Barcelona, y que el narrador transcribe, aludiendo a las luchas intestinas que había en Cataluña entre los bandos de «Niarros» y «Cadells» (p. 1017)⁶⁵. Pues, por lo demás, don Quijote y Sancho no tienen ningún problema a la hora de darse a entender cuando llegan a dicha ciudad, tal y como lo suponía ya en 1559, a otros efectos, el Anónimo de Lovaina (tal vez aragonés) en su *Gramática de la Lengua Vulgar de España*⁶⁶.

⁶⁴ Con ellos iba la mujer del regente de la Vicaría de Nápoles que, según Riquer, podía corresponder a la dama A. de Quiñones, que fue sorprendida realmente junto a sus acompañantes por unos bandoleros cuando se encaminaba a Barcelona en 1610 (p. 1015, n. 49). Téngase en cuenta el paralelo con *El Persiles* de este episodio, al aparecer dos peregrinos que van a Roma, y a los que Guinart no solo no les roba, sino que les da dinero. Cervantes prefirió hablar de los bandoleros catalanes, silenciando a los aragoneses, que curiosamente utilizó el duque de Villahermosa para imponer su autoridad en Benabarre. Tampoco quiso acordarse del bandido noble Lupercio de Latrás, que también ofreció sus servicios a dicho duque. Sobre ello, Colás/Salas (1976: 79-146) y Casey (2001: 173, 267).

⁶⁵ Los *nyarros* o *nyerros* y los *cadells* dividían la sociedad catalana en dos bandos. Véase Torres (1993) y Casey (2001: 268; y 274-275 para el término *pedreñales*, arma mortal cobarde y alevosa). Cervantes transcribe *Monjuí* por Montjuich en p. 1037; inserta, sin embargo, como hemos visto, la palabra portuguesa *frade* 'fraile', en lugar de la catalana *frare*.

⁶⁶ El Autor anónimo de la *Gramática de la Lengua Vulgar de España*, pensada para extranjereros, recoge las cuatro lenguas: vascuence, árabe, catalán y la «lengua vulgar de España», que se habla y entiende generalmente en toda ella (1559: 6). Respecto a la catalana, dice «es verdaderamente francesa, i trahe su origen de la provincia de Gascoña, dela mui antigua ciudad de Limojes». Dice se habla en Cataluña, Valencia, Mallorca,

Creado con dichas pinceladas el ámbito lingüístico del catalán, Cervantes hace que don Quijote y Sancho entren en Barcelona al grito de «¡Trapa, trapa, aparta, aparta!» (p. 1018), que gritan los corredores que salían de la ciudad al son de chirimías y atabales la víspera de San Juan⁶⁷. Expresiones, estas, que andaban por distintas piezas teatrales y cancioneriles de la época. Pero en Barcelona no vuelve a hacerse referencia directa al catalán, y no deja de ser curioso que sea un «castellano» (p. 1024) anónimo el que lea el rótulo que llevaba colgado a la espalda don Quijote para ser el hazmerreír de los viandantes.

Si en el camino hacia dicha ciudad se intensifican las referencias al uso de lenguas distintas al castellano, es en ella, como ya hemos visto, donde se multiplicará el efecto en la susodicha historia de Ana Félix, agrandándose particularmente, respecto al toscano, en el episodio de la imprenta, a propósito del libro *Le bagatele* (vale decir, *Le bagattelle*), que allí se imprimía (p. 1031). El momento es capital, pues constituye la cúspide teórica de todo *El Quijote* en lo referido a la práctica de la traducción que lo conforma desde sus primeras líneas. Y es entonces cuando descubrimos además que el caballero andante no solo habla «algún tanto del toscano», sino que se precia de «cantar algunas estancias del Ariosto» (p. 1032), probando así su doble conocimiento, oral y escrito, de esa lengua⁶⁸.

Tras la cuestión del significado de una obra como *Le bagatele*, cuyo título no está exento de ironía, don Quijote mantiene con su traductor un sustancioso diálogo que es toda una formulación teórica y práctica sobre la traducción, sostenida fundamentalmente por el caballero andante. Este, después de que el traductor vierta *piñata* por *olla*, le dice:

Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piache*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *più*, dice *más*, y el *su* declara con *arriba* y el *giù* con *abajo* (pp. 1031-1032).

Menorca, Ibiza, Cerdeña «y aún en Nápoles». El Anónimo de Lovaina alaba los escritos de árabes y catalanes en prosa y verso. Según Balbín/Roldán (1966: «Prólogo»), su autor era aragonés. Hubo otra *Gramática de la lengua vulgar de España* publicada también en Lovaina en 1559.

⁶⁷ Alín/Barrio (1997: 258) recogen las expresiones «atrapa, atrapa» y «aparta, aparta» en entremeses y mojigangas de varios autores, además de en la comedia *El capellán de la Virgen* de Lope de Vega: «Afuera, afuera / aparta, aparta, aparta / que entran a recoger sortija / labradores de la Sarga». Para esos capítulos barceloneses, remitimos a Egido (2007: 91-132), donde ya planteamos la cuestión del plurilingüismo. Y véase Riquer (1989) y Micó (2004).

⁶⁸ Vid. al respecto Egido (2005a: 40 y sigs.; 2005b: 2-6).

Tras el asentimiento del anónimo traductor a tales correspondencias léxicas, don Quijote se extiende sobre su idea de la traducción a través de un conocido discurso en el que parece minusvalorar el papel de quien se ocupa en trasladar «bagatelas». Salvado el respeto por quienes traducen del griego y del latín, el caballero andante afirma que traducir de una lengua a otra

Es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel (p. 1032).

Cervantes no desprecia taxativamente, por boca de don Quijote, el ejercicio de la traducción, aunque lo haga cuando se aplica sin necesidad a obras aparentemente inútiles, pues valora la que hizo Cristóbal de Figueroa con el *Pastor Fido* o Jáuregui con la *Aminta*, «donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción o cuál el original»⁶⁹. Su postura no distaba mucho, en realidad, de la sostenida por Valdés en el *Diálogo de la lengua*, cuando afirmó:

Y aun porque cada lengua tiene sus vocablos propios y sus propias maneras de decir, ay tanta dificultad en el traducir bien de una lengua en otra, lo qual yo no atribuiço a falta de la lengua en que se traduze, sino a la abundancia de aquella que se traduze, y assí unas cosas se dizen en una lengua bien que en otra no se pueden decir assí bien, y en la mesma otra, otras que se digan mejor que en otra ninguna⁷⁰.

El autor del *Quijote* corroboró con discretas pinceladas no solo la convivencia de distintas lenguas en una ciudad como Barcelona, que era una ventana abierta al Mediterráneo, sino la riqueza de unas imprentas donde se publicaron numerosos libros en italiano, que también se guardaban, como ha señalado Manuel Peña, en sus bibliotecas particulares⁷¹. Estas gozaban

⁶⁹ P. 1031. La versión de *Il Pastor Fido* de Guarini se publicó en Nápoles en 1602, y en Valencia en 1609. Sería decisiva en todo lo referido a la mezcla tragicómica y otras novedades experimentadas por Cervantes y por Lope de Vega. Respecto a la *Aminta* de Tasso, Jáuregui la tradujo en 1607. Es curioso ver cómo el traductor cervantino de *Le bagatele* piensa hacerse rico gracias a ello, sin entrar en otras consideraciones.

⁷⁰ Valdés (2010: 230). Y véase García Yebra (2005: 277-283).

⁷¹ Véase Peña Díaz (1997: 67 y sigs.), quien niega su decadencia cultural en términos absolutos, aunque la hubiera en relación con las letras catalanas, por el incremento de los libros impresos en castellano a finales del XVI. La cultura italiana estuvo muy presente en el ambiente lector barcelonés desde las primeras décadas de ese siglo (*ibid.*: 76 y 165 y sigs.). Cervantes había leído la traducción del *Orlando* de Ariosto por Jerónimo de Urrea (Barcelona, Claudi Bornat, 1564), según Peña (*ibid.*: 196), y el episodio cervantino de la imprenta mostró, entre otras cosas, que «el toscano en Barcelona era un idioma familiar».

igualmente de traducciones a otras lenguas, por no hablar de las ediciones en catalán y en castellano, incluida la apócrifa *Segunda Parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*⁷².

La idea de Cervantes sobre la traducción se alejaba en parte de la opinión de Garcilaso que, en su carta introductoria a la versión de *El Cortesano* de Baltasar de Castiglione, hecha por Boscán, llegó a decir que es «tan dificultoso el traducir un libro como hacerlo nuevo». Su postura se acercaba mucho más a la de Lorenzo Valla y otros humanistas que no creían tan alto el ejercicio de *romancear*⁷³. Sobre todo si se trataba, como en este caso, de obras de poca monta. Cervantes continuó, en ese episodio, una larga trayectoria en la que, por decirlo con el título de la obra de Mario Alessandri de Urbino, se estableció *Il Paragone della lingua Toscana et Castigliana* desde las perspectivas más diversas⁷⁴.

Cervantes, como tantos escritores de su tiempo, no solo debía competir con los clásicos latinos, sino con una riquísima tradición literaria en lengua toscana que trató de superar constantemente. Esta, según Fernando de Herrera, era una lengua «florida, abundosa, blanda i compuesta», pero también «libre, laciva, desmayada i demasiadamente enternecida i muelle i llena de afectación». Una lengua, en definitiva, a la que superaba la española, por «grave, religiosa, onesta, alta, manífica, suave, tierna, afectuosísima i llena de sentimientos, i tan copiosa i abundante, que ninguna otra puede gloriarse desta riqueza i fertilidad más justamente»⁷⁵. Téngase en cuenta que las *Anotaciones* de 1580 a Garcilaso de Herrera, así como su poesía, fueron criticadas por Damasio de Frías, que le afeó sus extran-

⁷² Para la edición y difusión de libros en latín, italiano, francés, catalán y castellano, véase Peña (1996). Aparte de los clásicos grecolatinos, dominaban en las bibliotecas particulares las obras publicadas en catalán, castellano e italiano.

⁷³ Véase Comellas Aguirrezabal (1995: 227); y, asimismo, sobre la idea de este autor en torno a la traducción, cercana a la fidelidad exigida por Leonardo Bruni en *De recta interpretatione* (*ibid.*: 230 y sigs.). Céspedes creía en la fidelidad al original y en la creación de un estilo.

⁷⁴ Alessandri d'Urbino (1560). Dedicado a don Antonio D'Aragona, duque de Montalto, analiza las semejanzas entre ambas lenguas tanto en la fonética como en la ortografía y la gramática.

⁷⁵ Véase la cita de Fernando de Herrera en sus *Anotaciones* (1580) a Garcilaso en Terracini (1968: 148-200). Terracini analiza la desigual comparación de Herrera entre las lenguas toscana y española, inclinándose obviamente por la segunda. Herrera (*apud* Inoria/Reyes Cano 2001: 188-189) elogió la alteza y la agudeza de la lengua española, creyendo era posible llegar a la cumbre del griego y del latín.

jerismos y un estilo lleno de préstamos de otras lenguas, manteniendo al respecto una discreción pareja a la de Cervantes⁷⁶.

Este plantea y desarrolla en la *Segunda Parte del Quijote* las cuestiones de la traducción en su estancia barcelonesa, centrándose curiosamente en las dos lenguas, el italiano y el árabe, con las que más había estado en contacto a lo largo de su vida. Y lo hace en una ciudad costera por la que él, como tantos otros, había pasado en sus viajes allende los mares⁷⁷.

Más tarde, en la aventura de los cerdos, don Quijote cantará en castellano unos versos adaptados de *Gli Assolani* de Bembo (p. 1067). Después, en el camino de vuelta a casa, la estancia en el castillo de los duques mostrará de nuevo reminiscencias de poetas italianos y castellanos, aludiéndose en él a unos versos de las Églogas de Garcilaso, con alguna huella del *Orlando furioso* (p. 1071). De esta forma, y como en caja china, el autor del *Quijote* ponía de nuevo en práctica, dentro de la novela, la función narrativa de la traducción.

El procedimiento contaba con un precedente de excepción: *La lozana andaluza en lengua española muy clarísima, compuesto en Roma*, por Francisco Delicado, cuyo plurilingüismo ha sido estudiado detenidamente por Frago (1988: 41-66). La obra, tantas veces traducida, cumplió además y de forma directa con la larga historia de las ediciones en varias lenguas de las obras españolas⁷⁸.

Ni que decir tiene que la coexistencia entre el italiano y el español gozaba de una riquísima tradición que ya estuvo presente en los preliminares napolitanos de la *Propalladia* (1517) de Torres Naharro⁷⁹. Nos encon-

⁷⁶ Béhar (2011: 159-195). Esa lucha contra la afectación también la libraron Lucas Gracián Dantisco en su *Galateo Español* y el propio Cervantes en el *Quijote* (II, cap. XXVI). Góngora, sin embargo, continuó por el camino herreriano, en ese y otros aspectos.

⁷⁷ A su salida de Barcelona, don Quijote cita, en español, unos versos del *Orlando furioso* (p. 1059), que también había mencionado en el capítulo III de la *Primera Parte*, cerrando un círculo. Sobre el paso de ilustres pasajeros por los puertos de Barcelona y Palamós, véase Martín Roig (2012: 69-82).

⁷⁸ Véase Corriente (2003: 51-72), quien desmonta la tesis lingüística criptojudía, señalando se trata de moriscos que conviven en Roma con connacionales de la judería; y Lucía Mejías (1996: 7-17). Otro curioso precedente, pero que tal vez no llegó a manos de Cervantes, por estar prohibida por la Inquisición, es la obra, publicada en 1523, de Pedro Manuel de Urrea, *Peregrinación de las tres casas sanctas de Jherusalem, Roma y Santiago*. Y véase Egido (2005: 2-6).

⁷⁹ Sánchez García (2013: 1-33). Paolo Giovio señaló que el marqués de Pescara, que se acomodó a las costumbres y a la lengua de los españoles, quiso imponer esta en los ámbitos napolitanos, incluido el ejército. En los preliminares se parangona el vulgar de

tramos así ante una «imagen refleja», propia del viaje de ida y vuelta que la traducción ofrece entre unas lenguas y otras, como ha señalado María de las Nieves Múñiz:

Ogni immagine nazionale nasce, per opposizione o per analogía dal riflesso speculare di altre all'interno di un sistema di compensazioni binarie⁸⁰.

Excepción hecha del pequeño discurso sobre la traducción y cuanto ella conlleva en el origen mismo de la obra, Cervantes inserta en el *Quijote* el problema de las lenguas en el decurso de la narración, creando, como en *El Persiles*, un ámbito de verosimilitud, ensayado ya en otras obras anteriores, y que adquiere toda su viveza en los diálogos, cuando las lenguas propias de quienes hablan entran en contacto. En ese sentido, los diálogos cervantinos producen en el lector el mismo efecto que confirma Sancho cuando dice a don Quijote: «La conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi ingenio ha caído» (p. 632).

La variedad lingüística de la *Primera Parte del Quijote* se amplió sin duda en la *Segunda*, donde se prosigue además el papel que el lenguaje gestual y la traducción conllevan en el fenómeno comunicativo. Desde *La Galatea* al *Persiles*, pasando por sus *Novelas Ejemplares* y por sus *Comedias* y *Entremeses*, Cervantes asentó la riqueza de la variedad idiomática e incluso los cambios que se producen en el uso de la lengua propia a tenor de las circunstancias y de las personas⁸¹. En ese arco, el *Quijote* reflejará los múltiples matices que supone la variedad lingüística en todos los planos, así como la dignidad de las lenguas, cualesquiera que estas sean. Vinculándolas siempre al uso que de ellas hagan las personas en cada situación dada, Cervantes demostró que las lenguas, como los caballeros andantes, están siempre en movimiento, cruzándose en los caminos unas y otras, más allá de cualquier frontera que se les ponga por delante.

Pero volviendo al principio de la *Segunda Parte del Quijote*, no deja de ser curioso que el licenciado Márquez Torres salude en la aprobación de la misma, firmada el 27 de febrero de 1615, el libro de un autor aplaudido

Torres Naharro con el griego y el latín por Mesinerius I. Barberius. Torres Naharro, en su dedicatoria a dicho marqués, nos ofrece además un curioso precedente del linaje fundado por Dulcinea en el *Quijote*, al decir que fue voluntad de este «començar linaje más que de allegar linajes, esperando más gloria de la virtud propia que de la apelativa, y más claridad de sus ojos que de los ajenos».

⁸⁰ Múñiz Múñiz (2012: 15). Y véanse pp. 20-21 sobre las traducciones entre ambas lenguas en el siglo XVI.

⁸¹ Menéndez Pidal (1966: vol. II, 7 y sigs.). Y véase Canonica (1991: 19-42).

en España, Francia, Italia, Alemania y Flandes (p. 539). Ello era además un síntoma de la extensión del castellano por esas tierras y, en todo caso, prueba de que la fama universal (pensemos hoy en el caso de Borges) se alcanza gracias a la traducción⁸².

Pero lo más significativo y gracioso es sin duda la dedicatoria del propio Cervantes al conde de Lemos, donde afirma que el emperador de la China le había escrito en lengua chinesca una carta diciéndole le enviase la obra «porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote» (p. 547)⁸³.

Cervantes va más lejos, en este caso, que en *El Persiles*, donde al final justifica el conocimiento que sus protagonistas nórdicos tenían del castellano y otras lenguas de los países por donde pasaron, gracias a un colegio plurilingüe creado en tierras septentrionales. Pues aquí no solo desplaza a lejanos espacios chinescos el ejercicio del castellano, sino que lo identifica con el del mismo *Quijote* que, cual si se tratara de una profecía, ha terminado por convertirse en modelo del idioma y en el libro más traducido después de la Biblia.

Don Quijote de la Mancha se igualó así a la saga de la caballería andante que él mismo enumerara al principio de la *Segunda Parte* en el diálogo con el cura, a través de los nombres de Amadís de Gaula, Palmerín de Inglaterra, Lisuarte de Grecia, Felixmarte de Hircania y un larguísimo etcétera al que pertenecía la internacional caballeresca. Pero él los aventajó a todos al convertir su apelativo «de la Mancha» en el lugar universal del idioma español de la literatura⁸⁴.

Las ansias de inmortalidad del libro de *Don Quijote* se superponen en esta *Segunda Parte* a las del mismo Cervantes, que asienta, desde los inicios, junto a la universalidad del castellano, la que propicia su traducción a otras lenguas, haciéndole decir a Sansón Carrasco:

⁸² Márquez Torres aporta además el testimonio de Bernardo de Sandoval, tío del duque de Lerma, que avalaba el éxito de las obras de Cervantes entre los caballeros franceses (*ibid.*: 539-540).

⁸³ Recordemos que de Catay, al norte de China, provenía Angélica (p. 560), como sabía bien don Quijote, recordando a Ariosto (pp. 556-557).

⁸⁴ Pp. 556-557. Y véase también el diálogo con Sancho de esta *Segunda Parte*, cap. II. Sobre el paradigma «la lengua de Cervantes», Rojo (2004: 1122-1130), en la edición que manejamos de *Don Quijote de la Mancha*, pp. 1122-1130. Como dijo Canavaggio (2014: 73-82), la pluralidad lingüística de esta y otras obras suyas, así como las dificultades que supone la comunicación con personas que hablan otras lenguas, es consecuencia clara de su propia experiencia vital.

Tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no dígalos Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aún hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga (p. 567)⁸⁵.

Y así fue.

BIBLIOGRAFÍA

- Acero, Isabel (1991): «Incorporaciones léxicas en el *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* de Cristóbal de las Casas», *Anuario de Estudios Filológicos*, XIV, 7-14.
- Alcalá, fray Pedro de (1501): *Vocabulista arábigo en lengua castellana*, Granada, 1501.
- Aldrete, Bernardo de (1606): *Del origen y principio de la lengua castellana ò romance que oi se usa en España*, Roma, Carlo Willieto.
- Alessandri d'Urbino, Giovanni Mario (1560): *Il Paragone della lingua Toscana et Castigliana*, Napoli, Mattia Cancer.
- Alín, José María y María Begoña Barrio (1997): *Cancionero teatral de Lope de Vega*, Londres, Tamesis.
- Alonso, Amado (1943): *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*, Buenos Aires, Losada.
- Anónimo de Lovaina: *vid.* Balbín, Rafael de y Antonio Roldán (1966).
- Arriaga de Lassel, Adriana (2008): «El tema musulmán en el *Quijote*. La dualidad religiosa de algunos personajes», en Ruth Fine y Santiago López Navia, eds., *Cervantes y las religiones*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 329-338.
- Asensio, Eugenio (1960): «La lengua, compañera del imperio», *Revista de Filología Española*, 43, 399-413.
- (1975): «Damasio de Frías y su *Dórida*, diálogo de amor. El italianismo en Valladolid», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV/1, 219-234.
- y Juan Alcina (1980): «*Paraenesis ad litteras*». *Juan Maldonado y el Humanismo español en tiempos de Carlos V*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- Bahner, Werner (1966): *La lingüística española del Siglo de Oro. Aportaciones a la conciencia lingüística en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Ciencia Nueva.
- Balbín, Rafael de y Antonio Roldán (1966): «Prólogo» a la edición facsímil del Anónimo de Lovaina, *Gramática de la Lengua Vulgar de España*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

⁸⁵ P. 567. En realidad, de la *Primera Parte* se habían publicado en 1615 tres ediciones en Madrid, dos en Lisboa y Bruselas, una en Valencia y otra en Milán, junto a dos traducciones al inglés y al francés.

- Barnés Vázquez, Antonio (2009): «*Yo he leído en Virgilio*»: la tradición clásica en el *Quijote*, Vigo, Academia del Hispanismo.
- Barros, João (1959 [1540]): *Diálogo em Louor da nossa linguagem*. Introducción de Luciana Stegagno Picchio, Modena, Società Tipografica Modenese.
- Beck, Emily S. (2013): «Historiographical Approaches to Iberian Multiculturalism and Castilian Imperialism in the Siglo de Oro», *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, 24, 479-490.
- Béhar, Roland (2011): «Los sagrados despojos de la veneranda Antigüedad. Estilo poético y debate literario en torno a Fernando de Herrera», en Josep Solervicens y Antoni L. Moll, eds., *La poética renacentista a Europa. Una recreació del llegat clàssic*, Barcelona, Punctum, 159-195.
- Bellay, Joachim du (2001 [1549]): *Déffense et illustration de la langue françoise*. Ed. de Jean-Charles Monferran, Genève, Droz.
- Bembo, Pietro (1729): *Opere del Cardinale Pietro Bembo. Tomo Secondo. Le Prose, gli Asolani, e le Rime*, Venezia, Francesco Hertzhauser.
- Blecua, José Manuel (2004): «El *Quijote* en la historia de la lengua española», en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico, Madrid, Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española, 1115-1122.
- Borst, Arno (1955-1973): *Der Tumbau von Babel. Geschichte der Meinungen über der Ursprung und Vielfalt der Sprachen und Völker*, Stuttgart, Hiersemann.
- Breva-Claramonte, Manuel (1983): *Sanctius' Theory of Language. A Contribution to the History of Renaissance Linguistics*, Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins.
- Canavaggio, Jean (2014): «*De lengua en lengua y de una en otra gente*. Las experiencias lingüísticas de Cervantes», en *Retornos a Cervantes*, Nueva York, Ideas, 73-82.
- Canonica, Elvezio (1991): «La consciencia lingüística de la comunicación interlingüística en las obras dramáticas y narrativas de Cervantes», en *Cervantes. Estudios en la víspera de su centenario*, Kassel, Reichenberger, 19-42.
- Carrera de la Red, Avelina (1988): *El «problema de la lengua» en el Humanismo renacentista*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Casey, James (2001): *España en la Edad Moderna. Una historia social*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.
- Castañeda Delgado, Paulino (1990): «La Iglesia y la corona ante la nueva realidad lingüística de Indias», en *I Simposio de Filología Iberoamericana*, Zaragoza, Pórtico, 29-41.
- Cervantes, Miguel de (2004): *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico, Madrid, Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española.
- (2015): *Don Quijote de la Mancha*. Edición del Instituto Cervantes (1605, 1615, 2015). Dirigida por Francisco Rico. Con la colaboración de Joaquín

- Forradellas, Gonzalo Pontón y el Centro de la Edición de los Clásicos Españoles, Real Academia Española, Madrid, <http://www.rae.es/sites/default/files/Don_Quijote_Vol._2.pdf>.
- Clarck, Donald Lemen (1922): *Rhetoric and Poetry in the Renaissance. A Study of Rhetorical Terms in English Renaissance. Literary Criticism*, Nueva York, Columbia University Press.
- Colás, Gregorio y José Antonio Salas Ausens (1976): «El fenómeno social del bandolerismo en el reino de Aragón durante el siglo XVI», en *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 79-146.
- Comellas Aguirrezabal, Mercedes (1995): *El Humanista (en torno al «Discurso de las letras humanas» de Baltasar de Céspedes)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Conde de la Viñaza (1893): «Introducción acerca de la opinión que tuvieron acerca de la excelencia de la lengua castellana algunos escritores españoles», en *Biblioteca histórica de la Filología castellana*, 3 vols., Madrid, Manuel Tello, vol. I.
- Coroleu, Alejandro (1998): «Humanismo en España», en Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, Madrid, Cambridge University Press, 295-330.
- Corriente, Federico (1999): «Los arabismos de *La Lozana andaluza*», *Estudis Romanics*, 32, 51-72.
- (2003): *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*, Madrid, Gredos.
- Covarrubias, Sebastián de (1611): *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez.
- Cuartero, María del Pilar (2013): «Anotación al *Quijote*. Más fuentes clásicas», en José Antonio Beltrán Cebollada, Alfredo Encuentra, Gonzalo Fontana, Ana Isabel Magallón y Rosa M.^a Marina, eds., «*Otium cum dignitat*». *Estudios en homenaje al profesor Javier Iso Etchegoyen*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 403-416.
- DRAE: Real Academia Española (2001), *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Libros, 22.^a ed.
- Eco, Umberto (1994): *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea*, Barcelona, Crítica.
- Egido, Aurora (1996): «De la lengua de Erasmo al estilo de Gracián», en *La rosa del silencio. Estudios sobre Baltasar Gracián*, Madrid, Alianza, 17-47.
- (1998a): «Erasmo y la Torre de Babel. La búsqueda de la lengua perfecta», en Joseph Pérez, ed., *España y América en una perspectiva humanista. Homenaje a Marcel Bataillon*, Madrid, Casa de Velázquez, 11-34.
- (1998b): «Las voces del Persiles», en Caroline Schmauser y Monica Walter, eds., en «¿*Bon compañero, jura Dii?*». *El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 107-134.

- (2001): *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
 - (2005a): «Don Quijote habla toscano», en *el Quijote de Carlos III. Los tapices de la Real Fábrica de Nápoles*, Madrid, Istmo, 43-49.
 - (2005b): «El viaje a Italia. Nota sobre un libro recuperado de Pedro Manuel de Urrea», *Ínsula*, 757-758, 2-6.
 - (2007a): «Cervantes frente a Babel (*Don Quijote I*)», en Luis Francisco Cercas, Carmelo Juan Molina Rivero y Alfonso Ceballos-Escalera Sila, eds., *Retos del Hispanismo en la Europa Central y del Este (Cracovia, 14-16 de octubre de 2005)*, Madrid, Palafox y Pezuela, 25-41.
 - (2007b): «Alba y albergue de don Quijote en Barcelona», en Carme Riera y Guillermo Serés, eds., *Cervantes, el «Quijote» y Barcelona*, Barcelona, La Caixa, 91-132.
 - (2011): *El discreto encanto de Cervantes y el crisol de la prudencia*, Vigo, Academia del Hispanismo.
- Elliott, John (1994): *Lengua e imperio en la España de Felipe IV*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Enguita, José M.^a y M.^a Luisa Arnal (1995): «La castellanización de Aragón a través de los textos de los siglos XV, XVI y XVII», *Archivo de Filología Aragonesa*, 51, 151-195.
- Espinel, Vicente (1591): Traducción en endecasílabos blandos de Horacio, *Arte poética o Epístola a los Pisones*, Madrid, Luis Sánchez.
- Fernández López, Jorge (1999): *Retórica, Humanismo y Filología. Quintiliano y Lorenzo Valla*, Logroño, Gobierno de la Rioja.
- (2001): «Hablar por Cicerón: retórica española vs. retórica latina en el siglo XVI», en Christoph Strosetzki, ed., *Actas de la Asociación Internacional Siglo de Oro. Vol. V*, Madrid-Frankfurt, 514-522.
- Ferrerías, Jacqueline (2008): *Los diálogos humanísticos del siglo XVI en lengua castellana*, Murcia, Universidad de Murcia.
- Frago, Juan Antonio (1988): «Norma lingüística y artificio en *La Lozana andaluza*», *Philologia Hispalensis*, 3, 41-66.
- García Yebra, Valentín (2005): «El *Quijote* y la traducción», *Panace@*, VI, 21/2, 277-283.
- Gil, Juan (2002): «Prólogo» a Eustaquio Sánchez Salor, *De las «elegancias» a las «causas» de la lengua: retórica y gramática del Humanismo*, Madrid, Alcañiz.
- Gil Pujol, Xavier (2013): «Las lenguas en la España de los siglos XVI y XVII: imperio, algarabía y lengua común», en Francisco Chacón y Silvia Evangelisti, eds., *Comunidad e identidad en el mundo ibérico. Community and Identity in the Iberian World. One-day Symposium in Honour of Jim Casey*, Valencia, Universidades de Valencia, Granada y Murcia, 2013, 89-91.
- Gómez Moreno, Ángel (1994): *España y la Italia de los humanistas: los primeros ecos*, Madrid, Gredos.

- Headley, John M. (1983): *The Emperor and his Chancellor. A Study of the Imperial Chancellery under Gattinar*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hegyí, Tomar (1999): «Algerian Babel Reflected in *Persiles*», en Ellen M. Anderson y Amy R. Williamsen, eds., «*Ingeniosa Invención*». *Essays on Golden Age Spanish Literature for Geoffrey L. Staag*, Newark, Juan de la Cuesta, 225-239.
- Heller Roazan, Daniel (2008): *Ecolalias. Sobre el olvido de las lenguas*, Madrid, Katz.
- Hernández Valcárcel, Carmen (2002): *El cuento español en los siglos de Oro. I. El siglo XVI*, Murcia, Universidad de Murcia.
- Herrera, Fernando de (2001 [1580]): *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera*. Ed. de Inoria Pepe y José María Reyes Cano, Madrid, Cátedra.
- Horacio: *vid.* Iriarte, Tomás de (1777).
- Iriarte, Tomás de (1777): Traducción en verso castellano de Horacio, *Arte poética de Horacio o Epístola a los Pisones*, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta.
- Jiménez Patón, Bartolomé (1987 [1604]): *Elocuencia española en arte*. Ed. de Gianna Carla Marras, Madrid, El Crotalón.
- Jurado Santos, Agapito (2012): «Cide Hamete Benengeli: el diálogo de Cervantes con lo musulmán», *eHumanista/Cervantes*, 15, 411-418.
- Laplana, José Enrique: *vid.* Valdés, Juan de (2019).
- Lledó-Guillem, Vicente (2015): «La obra de Bernardo de Aldrete en el contexto catalanohablante: imperialismo frente a nacionalismo lingüístico», *Hispanic Research Journal*, 16/3, 191-207.
- Lucía Mejías, José Manuel (1996): «Francisco Delicado: un precursor de la enseñanza del español en la Italia del siglo XVI», *Cuadernos Cervantes*, julio-agosto de 1996, 7-17.
- Márquez Villanueva, Francisco (2005): *Cervantes en letra viva. Estudios sobre la vida y la obra*, Barcelona, Reverso.
- Marras, Gianna Carla: *vid.* Jiménez Patón, Bartolomé (1987).
- Martín Roig, Gabriel (2012): «Palamós, Cervantes i els grans autors de *El Siglo de Oro*», *Revista del Baix Empordà*, 38, 69-82.
- Martinell, Emma, María Cruz Piñol y Rosa Ribas (2000): *Corpus de testimonios de convivencia lingüística (ss. XII-XVIII)*, Kassel, Reichenberger.
- McLaughlin, M. L. (2000): «El Humanismo y la literatura italiana», en Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, Cambridge, Cambridge University Press, 269-294.
- Menéndez Pidal, Ramón (1966): «La lengua castellana en el siglo XVII», en *El siglo del Quijote (1580-1680)*, Madrid, Espasa-Calpe, vol. II, 21-194.
- Merimée, Paul (1947): «A propos de l'expression *ingenio lego appliqué* a Cervantes», *Bulletin Hispanique*, 49, 452-425.
- Micó, José María (2004): *Don Quijote en Barcelona*, Barcelona, Península.

- Miranda Villafaña, Francisco (1582): *Diálogos de la phantástica Philosophía, de las tres en un Compuesto, y de las letras, y Armas, y del Honor, donde se contienen varios y apazibles sujetos*, Salamanca, Herederos de Mathias Gast.
- Montero Reguera, José (1993): «Miguel de Cervantes: el Ovidio español», en Ignacio Arellano Ayuso, Carmen Pinillos Salvador, Marc Vitse y Frédéric Serralta, coords., *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Pamplona, GRISO-LEMSO, 330-334.
- Múñiz Múñiz, María de las Nieves (2012): *L'immagine riflessa. Percezione nazionale e trama intertestuali fra Italia e Spagna (da Petrarca a Montale, da Garcilaso a Guillén)*, Firenze, Franco Cevati.
- Nelson, Richard Jonh (1981): «Lingüística quinientista. Las obras de Pedro Bembo, Sperone Speroni y Juan de Valdés. El desarrollo de los idiomas vernáculos de España e Italia», *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXXVI/3, 429-456.
- Neuschäfer, Hans-Jörg (1998): «Un episodio intercalado: el morisco Ricote y su hija Ana Félix (*Don Quijote* II, 54 y 63-66)», en Caroline Schmauser y Monika Walker, coords., «¿Bon compaño, jura Dii?». *El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 638-639.
- Palenzuela, Nilo (2000): *Los hijos de Nemrod. Babel y los escritores del Siglo de Oro*, Madrid, Verbum.
- Peña Díaz, Manuel (1996): *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas*, Lérida, Milenio.
- (1997): *El laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, Fundación Sánchez Ruipérez.
- Pepe, Inoria y José María Reyes Cano: *vid.* Herrera, Fernando de (2001).
- Pérez González, Maurilio (1995): «Leonardo Bruni y su tratado *De interpretatione recta*», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 8, 193-233.
- Pineda, Victoria (1997): «Retórica y dignidad del hombre en Pérez de Oliva», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 45/1, 25-44.
- Río Parra, Elena del (2005): «Babel y Barroco: 'Hablar en lenguas' y otras manifestaciones teolingüísticas áureas», *Revista de Filología Española*, 85/1, 27-47.
- Riquer, Martín de (1989): *Cervantes en Barcelona*, Barcelona, Acantilado.
- Rojo, Guillermo (2004): «Cervantes como modelo lingüístico», en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico, Madrid, Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española, 1122-1130.
- Romera-Navarro, Miguel (1929): «La defensa de la lengua española en el siglo XVI», *Bulletin Hispanique*, 31/3, 204-255.
- Rosenblat, Ángel (1971): *La lengua del Quijote*, Madrid, Gredos.
- Ruiz Pérez, Pedro (1987): «Sobre el debate de la lengua vulgar en el Renacimiento», *Criticón*, 38, 15-44.

- Salazar, Ambrosio de (1615): *Espejo general de Gramática en diálogos para saber perfectamente la lengua castellana, con algunas historias muy gloriosas y de notar*, Rouen, chez Adrien Morront.
- Samarin, William J. (1972): *Tongues of Men and Angels. The Religious Language of Pentecostalism*, Nueva York, McMillan.
- Sánchez García, Encarnación (2013): «Sobre la *princeps* de la *Propalladia* (Nápoles, Ioan Pasqueto de Gallo, 1517)», en Encarnación Sánchez, ed., *Lingua Spagnola e cultura ispanica a Napoli fra Rinascimento e Barocco. Testimonianze a stampa*, Nápoles, Tullio Pironte, 1-33.
- Sánchez Salor, Eustaquio (2002): *De las «elegancias» a las «causas» de la lengua: retórica y gramática del Humanismo*, Madrid, Alcañiz.
- Sarmiento, Martín (1739): *Demonstracion critico-apologetica del teatro critico universal que dio a luz el R. P. M. Fr. Benito Geronimo Feijoo [...]*. Hacela uno de los aprobantes, el R. Fr. Martin Sarmiento. En Madrid. Por la Viuda de Francisco del Hierro. Año de 1739.
- Schwartz, Lía (2013): «Juegos dialógicos del discurso cervantino: la palabra de los clásicos antiguos», en Aurora Egido, ed., *El robo que robaste. El universo de las citas en Miguel de Cervantes. Parole Rubate. Rivista Internazionale di Studi sulla Citazione*, 8/8, 33-49.
- Serés, Guillermo (2004): «La defensa de la lengua natural en los primeros humanistas», *Ínsula*, 691/2, 8-11.
- Solá-Solé, Josep Maria (1974): «El árabe y los arabismos en el *Quijote*», en Josep Maria Solá-Solé, Alessandro Crisafulli y Bruno Damiani, eds., *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld*, Barcelona, Ediciones Hispam, 209-222.
- Spitzer, Leo (1955): «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*», en *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, 135-187.
- Strosetzki, Christoph (1997): *La literatura como profesión. En torno a la autoconcepción de la existencia erudita y literaria en el Siglo de Oro español*, Kassel, Reichenberger.
- Suazo Pascual, Guillermo (1999): *Abecedario de dichos y frases hechas*, Madrid, Edaf.
- Taboada, Manuel (1989): «Lingüística hispánica renacentista: lenguas y dialectos en los gramáticos españoles de los siglos XVI y XVII (1492-1630)», *Verba. Anuario Galego de Filoloxia*, 16, 77-95.
- Terracini, Lore (1964): *Tradizione illustre e lingua letteraria nella Spagna del Rinascimento*, Roma, Tipografía PUGI, s. d. (pero 1964).
- (1968): «Análisi di un confronto di lingue (Fernando de Herrera, *Anotaciones* 74-75)», *Archivio Glottologico Italiano*, LIII, 148-200.
- Torres, Xavier (1993): «*Nyerros i cadells*»: *bandòls i bandolerisme a la Catalunya moderna (1590-1640)*, Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, Quaderns Crema.

- Urrea, Jerónimo de (1564): Traducción de *Orlando*, de Ariosto, Barcelona, Claudi Bornat.
- Urrea, Pedro Manuel de (2008 [1523]): *Peregrinación de las tres casas sanctas de Jherusalem, Roma y Santiago*. Ed. de Enrique Galé, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- Valdés, Juan de (2010 [h. 1535]): *Diálogo de la lengua*. Ed. de José Enrique Laplana, Barcelona, Crítica.
- Valle, José del (2013): *A Political History of Spanish. The Making of a Language*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Vasoli, Cesare (1996): «*Civitas mundi*». *Studi sulla cultura del Cinquecento*, Roma, Ed. di Storia e Letteratura.
- Vidal Castro, Francisco (2008): «Los diccionarios español-árabe. Cinco siglos de lexicografía bilingüe», *Philologia Hispalensis*, 22, 319-345.
- Vincent, Bernard (2006): «Reflexión documentada sobre el uso del árabe y de las lenguas románicas en la España de los moriscos (siglos XVI-XVII)», en *El río morisco*, Valencia, Universidades de Valencia, Granada y Zaragoza, 105-118.
- (2013): «Los mudéjares antiguos», en Francisco Chacón Jiménez y Silvia Evangelista, eds., *Comunidad e identidad en el mundo ibérico*, Valencia, Universidad de Valencia, 39-51.
- Vives, Luis (1526): *De Europae dissidiis et bello turcico (De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el turco)*, Brujas, Huberti de Crook.
- Westerveld, Govert (2007): *Miguel de Cervantes Saavedra, Ana Félix y el morisco Ricote del Valle de Ricote, en Don Quijote II del año 1615*, Blanca, Academia de Estudios Humanísticos de Blanca (Valle de Ricote).
- Ynduráin, Domingo (1982): «La invención de una lengua clásica (Literatura vulgar y Renacimiento en España)», *Edad de Oro*, 1, 13-34.